



Et commencent les heures monseigneur
saint loys roy de france. **A** matines.

O mne labia mea aperies.

Et os meum annuncia
bit laudem tuam.

Deus in adiutorium

Grandes manuscritos medievales

Primera edición: diciembre de 2019

Título original: *Meetings with Remarkable Manuscripts*

© Christopher de Hamel, 2016

© de la traducción, Claudia Casanova, 2019

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2019

Todos los derechos reservados.

Edición publicada originalmente en inglés por Penguin Books Ltd, Londres.

El derecho moral de Christopher de Hamel a ser identificado como el autor de la obra ha sido reconocido.

Diseño de cubierta: Jim Stoddart

Adaptación de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Detalle del *Beato Morgan M 644*, folio 252v ©The Morgan Library & Museum/Art Resource, NY/Scala, Florencia

Publicado por Ático de los Libros

C/ Aragón, 287, 2.º 1.ª

08009, Barcelona

info@aticodeloslibros.com

www.aticodeloslibros.com

ISBN: 978-84-16222-50-6

THEMA: NHDJ

Depósito Legal: B 24192-2019

Preimpresión: Taller de los Libros

Impresión y encuadernación: Grafilur

Impreso en España — *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

CHRISTOPHER DE HAMEL

GRANDES
MANUSCRITOS
MEDIÉVALES

TRADUCCIÓN DE
CLAUDIA CASANOVA



BARCELONA - MADRID - MÉXICO D. F.

Índice

Introducción	9
1. Los <i>Evangelios de san Agustín</i>	20
2. <i>Codex Amiatinus</i>	68
3. El <i>Libro de Kells</i>	112
4. El <i>Aratea de Leiden</i>	160
5. El <i>Beato Morgan</i>	210
6. <i>Hugo Pictor</i>	258
7. El <i>Salterio de Copenhague</i>	308
8. <i>Carmina Burana</i>	360
9. Las <i>Horas de Juana de Navarra</i>	408
10. El <i>Chaucer de Hengwrt</i>	460
11. El <i>Semideus de Visconti</i>	502
12. Las <i>Horas de Spínola</i>	546
Epílogo	606
Bibliografía y notas	613
Listado de ilustraciones	661
Índice de manuscritos	670
Índice onomástico	677

Introducción

Este libro es un recorrido por importantes manuscritos medievales para entender lo que nos dicen y por qué son importantes. Al principio, tal como lo había planeado, iba a titularse «Entrevistas con manuscritos», y lo cierto es que cada capítulo se parece bastante a una entrevista con una persona famosa. Las verdaderas entrevistas, las que se publican tradicionalmente y abordan a gente conocida, suelen ambientarse y describir las circunstancias que rodean el encuentro. Generalmente tratan de evocar parte de la experiencia de conocer e interactuar con los entrevistados. Por supuesto, el lector suele tener información anticipada, pero ¿cómo son las personas de verdad cuando vienen a recibirnos a la puerta, nos estrechan la mano y nos invitan a sentarnos en el sofá? El artículo tal vez mencione algo de su físico, quizá de su ropa, actitud y estilo de conversación. Todos podemos fingir que una persona célebre no es distinta, en realidad, de cualquier otro ser humano, pero sentimos una emoción innegable al conocer en persona y hablar con alguien de fama mundial. ¿Es realmente una persona carismática e impresionante o (como a veces pasa) más bien nos decepciona? Tal vez querríamos saber cómo alguien ha llegado a ser famoso y si se merece su reputación. Para eso, hay que escucharlos y dejar que hablen. Un buen entrevistador será capaz de extraer secretos hasta ese momento desconocidos y que la persona famosa no tenía intención de revelar. Existe incluso un cierto voyerismo por parte del lector cuando escuchamos disimuladamente las confesiones íntimas que el entrevistador hábilmente obtiene.

Los manuscritos iluminados más conocidos del mundo son, para la mayoría de nosotros, una realidad tan inaccesible como la gente muy famosa. Para alguien con energía y un presupuesto holgado de viaje es posible ver la gran mayoría de las grandes pinturas, visitar los monumentos arquitectónicos más importantes de la humanidad y contemplar con sus propios ojos la Gran Muralla China o *El nacimiento de Venus*, de Botticelli. Pero inten-

ten, ¡solo intenten!, sacar el *Libro de Kells* de su caja de cristal en Dublín para hojearlo cómodamente. No es posible. La mayoría de los grandes manuscritos medievales casi nunca se exhiben y el gran público no puede acceder a ellos, ni siquiera en oscuros expositores, y, si llegan a mostrarse, solo se ven las dos páginas por las que están abiertos. Son demasiado frágiles y escasos. Es más fácil conocer al papa o al presidente de Estados Unidos que tocar *Las muy ricas horas del duque de Berry*. El acceso se hace más difícil con cada año que pasa. Así pues, la idea de este libro es invitar al lector a que acompañe al autor en un viaje privado para ver, manipular y entrevistar a algunos de los más bellos manuscritos iluminados de la Edad Media.

Los paleógrafos, que es el término general que designa a quienes nos ocupamos del estudio de los antiguos manuscritos, estamos acostumbrados a trabajar en las salas de lectura de las bibliotecas de manuscritos, pero estos son santuarios a los que el público general no puede acceder, igual que la tumba del Profeta en Medina es inaccesible para mí. Las bibliotecas nacionales modernas son los edificios públicos más costosos que jamás se hayan construido, pero muy poca gente llega a visitar las exclusivas mesas destinadas a la consulta de los libros más valiosos por parte de los especialistas. Algunos de estos espacios dedicados al estudio de manuscritos son señoriales e intimidatorios, mientras que otros son entrañablemente informales. El acceso es un secreto de los iniciados, y las fórmulas para la admisión y el manipulado de manuscritos difieren notablemente entre repositorios. Se trata de un aspecto de la historia académica que a menudo se pasa por alto. Los libros iluminados más esenciales de la Edad Media son piedras angulares de nuestra cultura, pero casi nadie se toma el trabajo de documentar el lugar donde se conservan.

Algunos de estos grandes manuscritos son conocidos tal vez a través de facsímiles o imágenes digitalizadas y disponibles en línea, tan accesibles y familiares como las biografías autorizadas de los famosos, pero ninguna copia puede igualar a un original. La experiencia del encuentro es totalmente diferente. Los facsímiles no tienen raíces, no están relacionados con ningún lugar. Nadie puede conocer a fondo o escribir sobre un manuscrito sin haberlo visto de cerca ni haberlo sostenido entre las manos. No se ha inventado todavía una reproducción fotográfica que transmita el peso, la textura, la superficie desigual, los renglones organizados en párrafos,

el grosor, el olor, la calidad táctil y la pátina del tiempo de un libro medieval de verdad, y nada es comparable a la nerviosa excitación que se experimenta cuando finalmente alguien deposita en la mesa, frente a ti, un ejemplar de un manuscrito mundialmente famoso. No solo lo ves, como cuando está en una vitrina, protegido por el cristal, sino que lo tocas y te sumerges en sus recovecos. Siempre habrá detalles en los que nadie habrá reparado antes. Cada ocasión brindará un nuevo descubrimiento. Se pueden extraer detalles pasados por alto a partir de las señales de su elaboración, de los borrones, de los rasguños, de las capas de pintura sobre los dibujos, de las huellas, de los retazos, de las marcas de cosido, de la encuadernación, de los matices de color y textura; elementos, en suma, totalmente invisibles en cualquier reproducción. Las respuestas que los manuscritos ofrecen cuando nos enfrentamos a ellos cara a cara a veces son inesperadas, tanto por lo que dicen de sí mismos como por lo que cuentan de los tiempos en los que fueron creados. En cada uno de los capítulos de este libro, el lector hallará nuevas observaciones e hipótesis, obtenidas gracias a la observación directa de los manuscritos originales. Mírelos de cerca. Utilice una lupa, si lo prefiere. Reclínese cómodamente: pase las páginas y escuche en silencio lo que los libros nos cuentan. Deje que hablen. Aparte de cualquier otra consideración, se trata de una actividad enormemente interesante y que lo hará gozar. Los manuscritos medievales tienen biografías. Todos han sobrevivido a lo largo de los siglos, han interactuado con sus sucesivos propietarios y épocas, olvidados o admirados, hasta llegar a nuestros días. En el trayecto que ahora iniciamos, desentrañaremos orígenes que eran completamente desconocidos. A veces son historias apasionantes, llenas de dramatismo, como cuando los libros desempeñan un papel en los asuntos de Estado europeos al más alto nivel, desde las recámaras de los santos y los reyes medievales hasta los escondrijos secretos de la Alemania nazi. *Habent sua fata libelli*.^{*} Algunos manuscritos apenas se han despertado, inmóviles en las mismas librerías en las que reposan desde el día en que se terminaron; otros han recorrido el mundo conocido en arcones de madera o en alforjas que se balanceaban sobre caballos, o cruzado océanos en pequeños barcos de vela o en contenedores de aviones, pues los libros son muy fáciles

* «Los libros tienen su destino», frase del gramático latino Terenciano Mauro (siglo II), de su poema *De litteris, de syllabis, de metris*.

de transportar. Muchos, en algún momento, han sido objeto de compraventas y han transitado por las salas de subastas, y los precios que se han pagado por ellos forman parte de la cambiante historia de los gustos y la moda. La vida de cada manuscrito, como la de cada persona, es distinta, y todos tienen historias que divulgar.

Para este libro, he seleccionado una docena de manuscritos-que entrevistar. Nadie sabe realmente cuántos manuscritos medievales sobrevivieron en todo el mundo (quizá un millón, tal vez más) y existe una selección muy amplia entre la que escoger, por supuesto. Son todos potencialmente fascinantes y hasta el más anodino y desgastado de ellos nos ofrecería material suficiente para completar un capítulo de este libro, pero tal vez la experiencia para el lector sería menos glamurosa. Vamos a viajar en la compañía más exquisita. Cuando uno está sentado en la sala de lectura de una biblioteca y pasa las páginas de un volumen con deslumbrantes iluminaciones, es inevitable detectar el respeto de los colegas estudiosos que están instalados en las mesas vecinas para consultar libros o archivos más modestos, y espero compartir con el lector el sabor de la discreta satisfacción que proporciona la compañía de esos celebrados manuscritos que durante un tiempo se convierten en nuestros íntimos compañeros. Así pues, los invito a que me acompañen en un pequeño ejercicio de auto-complacencia en el que nos dedicaremos a mencionar los grandes nombres de la historia. Entre estos titanes, me he esforzado por elegir un abanico representativo de todos los tipos de manuscritos medievales, es decir, no solamente evangelios y libros de horas, sino también comentarios bíblicos y textos sobre astronomía, música, literatura o política del Renacimiento. También podríamos haber optado por la liturgia, la medicina, el derecho, la historia, los romances, la heráldica, la filosofía, los viajes o cualquier otro tema ampliamente cubierto por los manuscritos de la Edad Media. He destacado los volúmenes que me parecían característicos de cada siglo, desde el VI al XVI. Todos nos cuentan algo de su tiempo y de las sociedades que los alumbraron.

He estado en contacto con todos y cada uno de estos manuscritos para escribir este libro. Ya había visto o manipulado algunos antes de acometer esta tarea, pero al enfrentarme a ellos durante la escritura de este libro lo hice sin ninguna expectativa especial sobre lo que quería que nos contaran, y las nuevas revelaciones que me ofrecieron (desde luego, no pocas) tuvieron lugar

durante los encuentros que aquí describo. Iré contando cómo se produjeron estos descubrimientos a medida que vaya avanzando en la narración.

No todos los manuscritos tienen el mismo tamaño. La naturaleza de la labor del iluminador, que trabaja con delicadas miniaturas, forma parte de la fascinación que despiertan los manuscritos medievales, pero lo cierto es que algunos de estos libros son enormes. Los que estudian la historia del arte exclusivamente a partir de reproducciones, ya sea de imágenes reducidas que se incluyen en los manuales de texto o magnificadas en las pantallas, pierden el sentido de la escala relativa entre un manuscrito y otro. En la Edad Media se valoraba mucho la jerarquía de las cosas, tanto en el orden natural como en el de los humanos, y a menudo esta se expresaba con el tamaño. El libro de mayores dimensiones en nuestro recorrido es el *Codex Amiatinus*, unas pandectas (como se las conoce) de todas las Escrituras escritas para la exhibición del texto a los fieles. El más pequeño es el diminuto *Libro de las horas* de Juana de Navarra, elaborado para las manos de una reina. Cuando un manuscrito llega a nuestro escritorio en una biblioteca, incluso antes de abrirlo, se produce una comprensión inesperada relacionada con su tamaño. Por lo tanto, como un truco de diseño, cada capítulo se abre con la imagen del manuscrito en cuestión, que aparece cerrado. El *Codex Amiatinus* se muestra tan grande como lo permiten las proporciones de este libro y la encuadernación de todos los demás se presenta al inicio de cada capítulo en una escala relativa a este manuscrito, que, como hemos dicho, es el más grande.

Algunos temas se revelarán a medida que avancemos. En el capítulo 1, el Evangelio de san Agustín nos llevará a la era en que la nueva sabiduría cristiana renacía tras el colapso de la antigua Roma. El *Codex Amiatinus* del capítulo 2 es la Biblia latina más antigua que se conserva, enviada a Italia desde los confines de la Tierra, como reza su dedicatoria, por aquellos que se enorgullecían de sus conocimientos sobre la antigua Roma. El incomparable *Libro de Kells*, que ocupa el capítulo 3, es un tipo muy distinto de manuscrito de los cuatro Evangelios, y nos sumerge en el lejano mundo celta, donde la magia y las creencias eran inseparables, lo cual terminaría desempeñando un papel importante en el sentido moderno de la identidad nacional irlandesa. El capítulo 4 versa sobre el copiado de manuscritos y la cultura de la copia.

En el capítulo 5 nos centraremos en la precipitada carrera hacia el milenio y el apocalipsis que se creía inminente, una preocupación constante durante el siglo x. Experimentaremos los amplios y sobrios efectos de la conquista normanda de 1066 de primera mano y muy gráficamente gracias a los manuscritos del capítulo 6. El siglo xii marcó un cambio esencial en la producción de libros: se pasó de la cultura monástica a la secular, lo que supuso un hito en la historia de la literatura y del arte, aunque este es uno de los puntos de inflexión menos conocidos de nuestra civilización. En el capítulo 7 desvelaremos el nombre del rey que poseyó como una propiedad personal uno de los salterios más hermosos de la época. En el capítulo 8 abriremos un pequeño volumen en Múnich en el que encontraremos las canciones de amor y de lujuria de los estudiantes y los eruditos vagabundos de principios del siglo xiii. El capítulo 9 presentará un delicado libro de horas hecho para la hija de un rey, quien, al igual que su manuscrito, se convirtió en un peón de la política. Esta historia trazará posteriormente un hilo continuo de posesión desde la atormentada dinastía de san Luis de Francia hasta Hermann Göring. El capítulo 10, sobre *Los cuentos de Canterbury*, nos descubre los inicios de la literatura inglesa tal como la conocemos y de la edición de libros, con un subtexto sobre las responsabilidades y los peligros del estudio académico de la literatura. El *Semideus* del capítulo 11 trata de tecnología militar y de armamento, así como de la Rusia moderna. Y terminaremos con el capítulo 12, en el que hablaremos de lujos y de dinero. Las doce entrevistas aquí reunidas ofrecen un relato de la historia de la cultura y del arte intelectual desde los últimos momentos del Imperio romano al Alto Renacimiento, y hasta hoy, y transmiten estos manuscritos desde su época hasta nuestro mundo contemporáneo.

Todos estos libros tienen varias características en común, además de su fama. Son todos manuscritos, de modo que, como su nombre indica, están «escritos a mano». Eso no fue fruto de una decisión deliberada. Hasta la invención de la imprenta a mediados del siglo xv, todos los libros eran copiados por escribas. Casi todos los manuscritos medievales están decorados de una manera u otra, como mínimo, con iniciales de colores y, muy a menudo, con oro e imágenes. La mayoría no tiene fecha ni una página dedicada al título. En la Edad Media rara vez se numeraban las páginas. La convención moderna, que es la que yo em-

pleo, es contar las hojas, no las páginas, y numerarlas en función de su frontal (*recto*) o de su reverso (*verso*), lo que generalmente se abrevia como «r» y «v». La mayor parte de los manuscritos de la Europa medieval, entre los que se incluyen todos los que se describen aquí, se escribieron sobre pieles de animal (para casi todos los efectos, en este libro utilizaremos indistintamente las palabras pergamino y vitela). Los rectángulos oblongos de pergamino se doblaban por la mitad y se colocaban uno dentro del otro formando pliegos, generalmente de ocho o dieciséis páginas, aunque no siempre, y con el tiempo se cosían por los pliegues centrales. Cada sección se llama «cuaderno», «fascículo» o «mano», como una parte de un libro impreso moderno. Una serie de cuadernos encuadernados secuencialmente constituye un códice completo. Lo explico con detalle porque es importante en lo que respecta a lo que denominamos la «foliación» o «paginación» de un manuscrito, que es una parte esencial de cada uno de los capítulos de este volumen. Los paleógrafos lo expresan en una fórmula que a primera vista parece tan impenetrable como un modelo para tejer prendas de lana o una secuencia de ADN, pero que en realidad es bastante sencilla y precisa. Cada mano se numera ficticiamente con números romanos en minúsculas y el número de hojas de cada una se escribe con cifras árabes en superíndice. Así, por utilizar un ejemplo fácil, un manuscrito de ochenta y seis hojas formado por diez manos de ocho hojas cada una seguidas de una de seis hojas se expresaría como sigue: i-x⁸, xi⁶. Muchos manuscritos medievales ya no están completos (de hecho, es probable que casi ninguno, de una u otra manera, lo esté). Supongamos que un manuscrito que una vez tuvo ochenta y seis páginas de longitud ya solo conserva ochenta y tres hojas porque ha perdido hojas sueltas en cada extremo y una en el medio. Así pues, la paginación sería como sigue: i⁷ [es decir, de 8, a la que le falta i, una única hoja antes del folio 1], ii-v⁸, vi⁷ [de 8, a la que le falta iii, una única hoja después del folio 41], vii-x⁸, xi⁵ [de 6, a la que le falta vi, una única hoja tras el folio 83].

Como se verá a medida que analicemos cada manuscrito, la paginación es un elemento extremadamente importante. A veces revela ausencias en el texto o en los ciclos pictóricos que nadie habría esperado. Para conocer un manuscrito tenemos que poseer una noción de lo que una vez contuvo, cuando era nuevo. Y, lo que es más importante, la paginación de un manuscrito medieval

nos permite considerar las unidades separadas con las que originalmente se elaboró. Los escribas y los iluminadores que colaboraban en la preparación de un libro se organizaban, obviamente, mediante manos sueltas y es notable observar los cambios que se producen entre una y otra sección. Lo veremos desde en el *Codex Amiatinus*, de finales del siglo VII, hasta el *Libro de horas* de Spínola, producido ochocientos años más tarde. Confieso que adoro dedicarme a la paginación de manuscritos. Es extrañamente satisfactorio deducirla, cuaderno tras cuaderno, y descubrir, tranquilizado, que el total encaja con el número exacto de páginas del códice. La respuesta debería ser absoluta. Hay que inclinarse sobre los pliegues centrales en busca de los hilos que cosen los pliegos y, gradualmente, deducir una serie de diagramas en forma de uve en toda la estructura del volumen. Eso sería totalmente imposible a partir de un facsímil o de un microfilm, pero es importante porque a menudo proporciona la llave mágica que nos revela la separación de cuadernos y de las unidades del texto. A veces pienso que, si alguna vez me jubilo, llamaré a mi casita de retiro «Duncollatin».*

Otra característica de todos los manuscritos que aquí analizamos es que, a diferencia de un libro impreso, que sale de la imprenta después de haber pasado por un único proceso, todos ellos se escribieron a lo largo de mucho tiempo. Quizá uno se empezó en un período determinado y luego se adaptó o se completó en una fase de actividad posterior. Un manuscrito se parece a un edificio, a un mueble o a una pieza de artesanía de gran tamaño, pues puede dejarse a un lado durante un tiempo o reconstruirse parcialmente de nuevo, reconfigurarse con añadidos o despojarse de fragmentos, de modo que se adapte eternamente a los gustos y a las necesidades de sus sucesivos propietarios. Algunos de los aparentes misterios de los manuscritos que entrevistaremos en este libro se resolverán repentinamente cuando comprendamos las distintas etapas de su producción.

Si hay un único tema que quiero transmitir, en caso de que realmente emprendamos juntos este viaje por los manuscritos, es el placer que se siente al contemplarlos. Espero que algo del goce que experimento durante mis encuentros llegue a las páginas

* Juego de palabras con *collating*, la labor de foliación de los manuscritos que el autor describe. (*N. de la T.*)

que el lector sostiene en sus manos. Por supuesto, soy la persona más parcial del mundo, pero creo de verdad que los manuscritos medievales son fascinantes a muchos niveles. Me gustaría saberlo todo sobre ellos: quiero saber quién los hizo, cuándo, por qué y dónde, qué contienen y de dónde proceden sus textos, por qué se creyó que era necesario elaborar un determinado manuscrito, cómo se copiaron y en qué condiciones, y cómo afectaron esas circunstancias a su tamaño y formato, qué materiales se utilizaron, cuánto tardaron en terminarse los códices, por qué y cómo los decoraron, y quiénes lo hicieron (si es que estaban decorados, y, si no lo estaban, por qué no), cuánto costaron, cómo estaban encuadernados, quién los utilizaba y de qué manera, cómo se difundieron a través de más copias (si es que así fue), qué cambios se introdujeron posteriormente, dónde y cómo los guardaban y qué criterios seguían para catalogarlos, cómo se compraban y vendían y por cuánto (porque siempre fueron valiosos), en qué circunstancias llegaron a manos de sus actuales propietarios, y también quiero saber, de cada una de estas preguntas, cómo conocemos las respuestas. Podemos pasarlo muy bien al curiosear de manera impertinente en los asuntos de los hombres y las mujeres del pasado y al compartir los mismos artefactos originales que también los deleitaron a ellos.

La idea de escribir este libro surgió de una conversación con Caroline Dawnay. La había animado, como suelo hacer, aunque nunca espero que suceda nada, a venir a visitarme a la biblioteca Parker cuando estuviera de visita en Cambridge. Un día apareció sin previo aviso, con media hora libre. Jamás había visto manuscritos medievales de cerca. Sacamos un volumen de la Biblia de Bury, uno de los primeros manuscritos ingleses elaborado por un iluminador profesional, escrito alrededor de 1130. Después de haberla visto en directo, quedó encantada y sorprendida, con los ojos como platos, y eso, en cierto modo, también me abrió los ojos a mí, pues me sugirió el reto de intentar comunicar al gran público la emoción de poner a un lector ávido, pero no especialista, en contacto íntimo con los principales manuscritos medievales de nuestro tiempo.

He tratado de evitar el uso de terminología técnica que solo los historiadores especializados conocerían. Si realmente visitáramos juntos estas bibliotecas, los animaría a interrumpirme si no entendieran algo o les pareciera muy complicado. Me gustaría

que esto fuera lo más cercano a una conversación que permite un libro impreso. Por esa razón me he resistido a la tentación de llenar el texto con notas a pie de página. Soy incapaz de leer un libro con notas al pie sin intercalar los dedos entre varias páginas, lo que ralentiza la narración y aburre al lego. Para los interesados, y sé que a muchos no les importará, hay una bibliografía y notas separadas por capítulos al final del libro, las cuales han tenido sus propios problemas de composición. Conozco algunos manuscritos, o he oído hablar de ellos, desde hace más de cuarenta años, y no siempre recuerdo las fuentes de todo lo que he leído. Y, todavía peor, hay gente que me ha contado cosas y sugerido ideas, y me temo que he olvidado quién me dijo qué. Sin embargo, he tratado de consignar en el texto o en las notas los agradecimientos que recuerdo. Por supuesto, estoy en deuda con todos los responsables de las bibliotecas que me han recibido con amabilidad y, a menudo, con información. Aquellos que trabajamos en el campo de la paleografía somos conscientes de la gran red internacional de historiadores y bibliógrafos que piensan como nosotros, y con gusto nos prestamos ayuda siempre que es posible. Hablamos en los vestíbulos de las bibliotecas e intercambiamos chismes en las conferencias o nos pedimos consejo por correo electrónico. A veces, nos alojamos en nuestras respectivas casas. Espero que quede claro que un libro como este solo es posible gracias a toda una vida de amistad y a los colegas de profesión.

Hay dos personas a las que me gustaría agradecer especialmente su apoyo antes de continuar. La primera es, por supuesto, mi esposa, Mette, que ha soportado la escritura de del libro durante varios años y que es el elegante tema de varias bromas a lo largo del texto. (Esto es un cebo: tendrá que leer el libro para descubrirlas). La otra persona es mi viejo amigo Scott Schwartz, de Nueva York, con el que hablé del proyecto del libro desde el principio y que me ayudó a definir los parámetros en los que este se movería. Durante un período de mala salud, que afortunadamente ya ha superado, se dedicó a leer el primer borrador de cada capítulo a medida que los terminaba, así que le debo mucho a su sabiduría y a su agudeza. A él le dedico este libro.